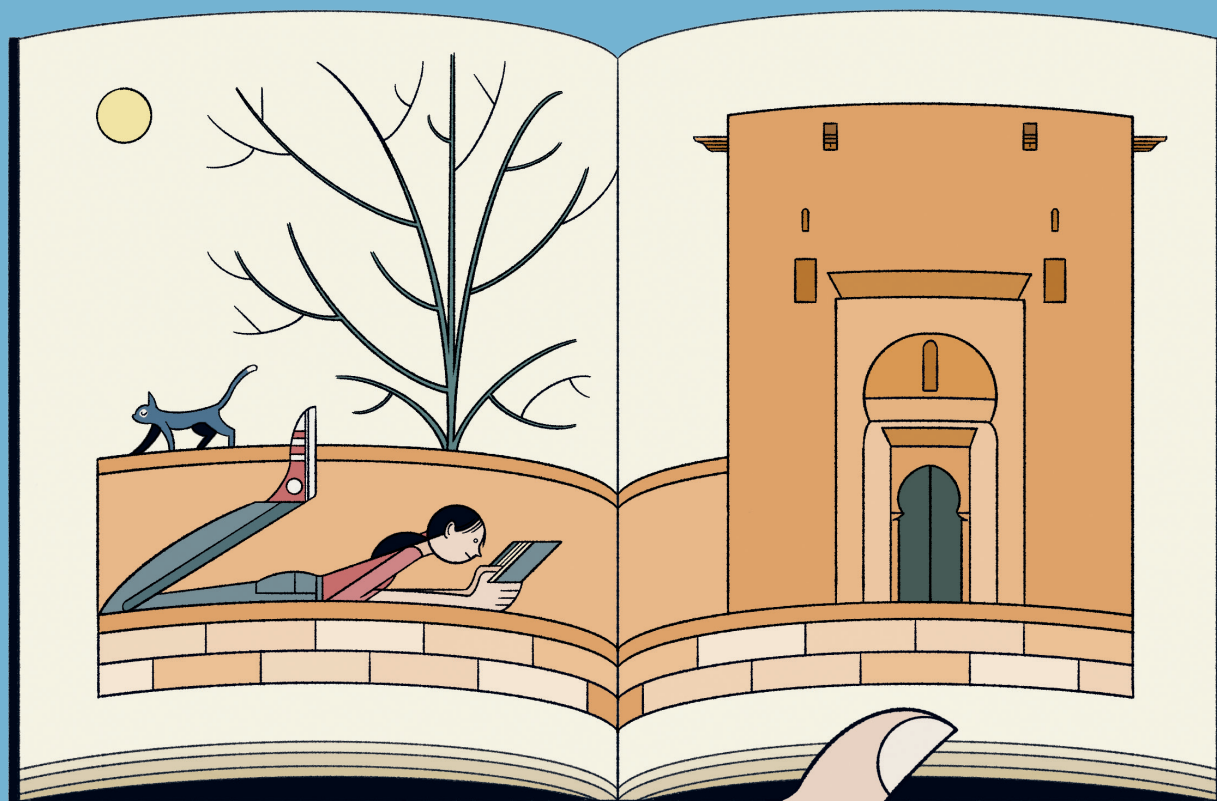


# Así que pasen cinco años

Granada, Capital Europea de la Cultura 2031 • CIUDAD FINALISTA



# FLG

## Feria del Libro de Granada

del 23/ABR  
al 03/MAY

De la Fuente de las Batallas  
a la Fuente de las Granadas

44 Feria del Libro de Granada

Pregón — **Álvaro Salvador**

## EL LIBRO, UN ARTEFACTO PERFECTO

Excelentísima señora alcaldesa, Excmo. Sr Rector, ilustrísima Diputada de Fomento, representantes de Yakarta, Ciudad Unesco invitada, gerente del Consorcio de la Candidatura Granada Capital Cultural europea 2031, ilustrísimo delegado del Gobierno de la Junta de Andalucía, Comisión Organizadora de la Feria del Libro amigos, familiares y público, quiero agradecer en primer lugar que dicha comisión me haya elegido para pronunciar el pregón de esta 44 edición de la Feria del Libro, también a la iniciativa ciudadana que impulsó esta elección y, por supuesto, a ustedes por estar aquí acompañándonos. Y para finalizar, querría dedicar un recuerdo al recientemente desaparecido concejal Juan Ramón Ferreira quien, con tanto entusiasmo, acogió siempre las actividades que le proponíamos desde el mundo de la Cultura.

A comienzos del presente siglo, distintos especialistas en las nuevas tecnologías, fabricantes y cierta prensa más o menos sensacionalista, anunciaron a bombo y platillo la desaparición casi inmediata del libro de papel, vencido por los soportes que las nuevas tecnologías estaban comenzando a desarrollar en esos años. Llegaron a predecir que en 2017 la industria del libro electrónico superaría al libro tradicional impreso, iniciando así su inmediata desaparición. Según esas funestas predicciones, en este año de 2026, casi diez años más tarde, los libros que durante siglos rellenaron los anaqueles del saber y el placer de tantos seres humanos, habrían desaparecido. No obstante, como todos conocemos, a pesar de los augurios de fabricantes, tecnólogos y medios de comunicación, no fue así, como podemos comprobar en el día de hoy en que se inaugura la cuarenta y cuatro Feria del libro de Papel en nuestra ciudad.

Ya en 2014 el Codex Group señalaba que las cifras que estaban bajando eran las de los libros electrónicos. ¿Por qué razón, podemos preguntarnos? ¿Cuáles eran las principales causas que motivaban ese descenso? Estos mismos investigadores, señalaban como causa fundamental el hecho de que los dispositivos electrónicos a nuestro alcance en ese año eran variados y no necesariamente eficientes. Si nos detenemos a pensarlo, podríamos deducir que los libros electrónicos estaban siendo víctimas de una de las contradicciones fundamentales de la tecnología digital: la diversidad

de sistemas y de aplicaciones, y la falta de compatibilidad en la mayoría de los casos. Es decir, siguiendo las directrices que había marcado esa industria, primando el beneficio económico por encima del servicio público. Cuando quisimos acercarnos a esos maravillosos aparatos que podían contener hasta mil quinientos libros, resultó que su utilidad era más complicada de lo que pensábamos. En teoría, podíamos tener a nuestro alcance en el libro electrónico, en una tableta o en un móvil una cierta cantidad de libros cuyos derechos de autor hubiesen caducado. Pero si queríamos llenar ese receptáculo con las últimas novedades de ocio o con textos profesionales necesarios, nos encontrábamos con dificultades en los programas, en las aplicaciones, en los terminales, con la necesidad del pago a las operadoras telefónicas, a las eléctricas, etc. Como señaló el periodista Basilio Baltasar, "resultaba que el acceso a nuestro libro, que nadie sabía dónde estaba, dependía de llaves que no nos pertenecían." Estaba claro que el concepto libro en relación con la tecnología, tal y como señaló el mismo grupo Codex, no era el mismo que se aplicaba a la música y al video.

De cualquier manera, lo cierto es que cada año se publican cerca de noventa mil nuevos títulos en nuestro país y en el año 2024, que es el último del que se tienen datos, se vendieron más de setenta y seis millones de libros, lo que da una media de más de un libro por habitante. De estos, se lanzaron en formato digital solamente el 30%, que no es mal porcentaje, aunque sí insuficiente para acabar con el libro de papel. Pero además, existían y existen también otras razones.

Una de las más citadas era y es la llamada "fatiga digital". Los sociólogos han demostrado con trabajos muy sesudos y elaborados que el empleo de medios digitales, tanto en periódicos como libros, reduce la capacidad de lectura. Se ha hablado también de la nostalgia, más o menos romántica, del papel y la tinta, del diseño de las portadas y de la sensación de objeto próximo y familiar que desprende la materialidad del libro de papel. Pero, en definitiva, ni críticos, especialistas, divulgadores o editores se han atrevido a señalar la evidencia que le ha hecho ganar al libro la batalla contra sus fantasmales competidores, la de que el libro es un artefacto perfecto. Tan perfecto como la rueda y otros grandes inventos de la humanidad que han pervivido a lo largo de los siglos sin poder ser desplazados por otras innovaciones.

El libro es un artefacto perfecto porque pone a nuestro alcance de una manera simultánea todas las posibilidades de la lectura. Con apenas un gesto, podemos pasar de una página a otra sin ningún problema, nunca la página que buscamos intentará escapársenos por arriba o por abajo. El libro tiene márgenes y en esos márgenes podemos anotar sin dificultad los comentarios que nos suscita, sin tener que acudir a menús o a instrucciones que nos permitan anotar, no en los márgenes, sino en una página final o en otro archivo que a veces está a nuestro alcance y la mayoría de las veces, no. El libro tiene un índice, al que podemos acceder con un solo movimiento del pulgar. Tiene una portada que lo adorna, a menudo como una obra maestra del diseño y tiene una contraportada que nos informa, con un solo vistazo, de la esencia de su contenido. Y sobre todo, el libro tiene cuerpo, ese cuerpo de papel que nos gusta acariciar, sopesar, medir, antes, después y durante la experiencia de la lectura.

Por supuesto que me estoy refiriendo al libro que, a partir de la aparición de la imprenta de Gutenberg en 1450, se va desarrollando, perfeccionando, embelleciendo, haciendo más manejable y más liviano, hasta llegar, pasados ya casi seis siglos, al formato de los ejemplares que hoy manejamos con total familiaridad y comodidad. Antes los libros fueron tablas, piedras o papiros fabricados con los juncos del Nilo y pergaminos extraídos de la piel de distintas reses, hasta que poco a poco, gracias a chinos y árabes, la fabricación de papel a partir de las cortezas de los árboles entró en Europa alrededor de los siglos XII o XIII, triunfando plenamente con la invención de la imprenta.

Pronto, cuando todavía eran papiros o pergaminos se vio la necesidad de guardarlos y agruparlos. Al principio porque los libros tenían un carácter sagrado, capaz de dictar las normas y escribir la historia de los pueblos, como la Epopeya de Gilgamesh, la Biblia o el Corán. Más tarde, porque se les consideraba verdaderos receptáculos de los distintos saberes. Nacieron entonces las bibliotecas y, con la necesidad del intercambio y el desarrollo de los conocimientos, las librerías. Con ellas, el libro se introdujo, al igual que tantas otras cosas, en el mercado como un producto, pero no por ello disminuyó el resto de sus cualidades.

Mi vida ha estado siempre ligada a los libros, rodeada de libros, hasta hoy que parecen haberse convertido en los protagonistas de mi casa. Cuando era niño, mi padre me dejaba jugar en su despacho y utilizar sus libros,

muchos de los cuales habían sido libros de su padre y de su abuelo. Los utilizaba como piezas de arquitectura para construir edificios, pasadizos o montañas con los tomos del diccionario Espasa Calpe o con la enciclopedia de Montaner y Simón, y jugar entre ellos con mis soldaditos de papel o de goma. Pero, aún antes de saber leer, me interesaba también el interior de los libros, las maravillosas ilustraciones del diccionario, los dibujos de Doré o los dibujos educativos de la Colección Universal de la editorial Calpe. Del mismo modo que otras heredades pasan de padres a hijos, el primer libro que tuve en propiedad me lo regaló mi padre, un libro que a él le había regalado el suyo, La infancia de Santiago Ramón y Cajal escrita por él mismo y publicada por la editorial Reus en 1925.

Desde siempre me gustó la lectura y la escritura y si destacué en algo en mis estudios de primaria y de bachillerato, siempre fue en esas disciplinas. La afición por la lectura casi siempre desemboca en la tentación de la escritura. Una vez cometido, ese pecado prospera a veces y otras no prospera. Mi padre, además de un lector voraz era también un poeta secreto y un rapsoda muy atrevido. Él me aficionó a los versos de Rubén Darío, de Luis Chamizo o de Federico García Lorca, cuyas Obras Completas adquirió en cuanto fueron publicadas en 1954, pero también a sus propios versos y a la tentación de escribir los míos. La vocación cristalizó cuando en 1971 la Universidad de Granada publicó mi primer libro de poemas.

Desde entonces, han sido una treintena de libros de creación y otros tantos de ensayo académico los que han ido rellenando las peripecias de una vida ya larga, dedicada a la literatura y a la enseñanza. Mi vocación literaria me arrastró también a la docencia de esa misma materia. En algún momento pensé en dedicarme tan solo a escribir, pero las circunstancias vitales –esas que a veces nos condicionan– no fueron muy favorables. Así que siempre tuve claro, que la mejor profesión que podía elegir era la relacionada con mi vocación, la posibilidad de sembrar mi misma pasión a los jóvenes estudiantes. No tendré que insistir en la importancia de los libros en una carrera como la de Letras, los libros no son solo un instrumento de trabajo, sino que llegan a ser nuestros cómplices, nuestros compañeros, nuestros mentores, imprescindibles y necesarios. Recuerdo el modo gráfico y físico en que abordé la redacción de mi tesis doctoral: me encerré en un piso vacío, prestado por un familiar, y en el salón que estaba cubierto por una moqueta desparramé

todos mis libros por el suelo, colocándolos en montoncitos seleccionados por la época, los géneros o los temas. En una mesa plegable instalé mi máquina de escribir y no salí de aquella habitación hasta tener acabadas las ochocientas páginas de mi tesis.

Desde el primer momento, insistí a mis alumnos para que comprendieran que lo importante en nuestras asignaturas no era acumular datos o teorías, sino que lo importante era leer y entender las obras más significativas del período que nos tocaba estudiar. Y siempre en las evaluaciones insistí en que tenía más valor la lectura completa y meditada de las obras señaladas en cada curso, que los datos, las corrientes o la memorización de títulos o biografías, para lo que siempre empleamos algunas clases en el comentario y disección de las obras leídas. La mayoría del tiempo estuve enseñando literatura hispanoamericana y procuré abrir aquellos nuevos mundos maravillosos a alumnos que apenas tenían noticia indirecta de la fascinación que podrían proporcionarles unos territorios mentales desconocidos y diferentes.

Leer es una aventura mental y emocional y el libro es el recipiente que guarda la posibilidad de esa aventura. No tengo muy claro el hecho de que la lectura nos haga mejores, pero desde luego sí que nos hace más capaces de enfrentar las dificultades que la vida y sus trampas nos presentan a lo largo de nuestro recorrido. Hay incluso libros de autoayuda muy útiles para orientar y contribuir a sanar a aquellos tímidos que sufren y a quienes les cuesta explicar sus quebrantos a personas ajenas, aunque estas sean especialistas médicos. Del mismo modo, hay libros que nos han acompañado y siguen acompañando a niños y jóvenes en su periodo de formación vital y educacional, libros que contienen textos imprescindibles para la formación completa de los seres humanos. Y hay libros divertidos, fascinantes, que cuentan otras vidas y otras peripecias vitales, que nos hablan de otras tierras, de otros mundos posibles o imposibles, que nos amplían la visión de la realidad que nos dio nuestra educación familiar o escolar. Y libros que pueden ayudarnos con su intensidad, con su ejemplaridad, con su belleza, a construir nuestro propio yo como personas, nuestra propia sentimentalidad, nuestros valores más profundos.

En una aventura intelectual y emocional como la mía, no sólo son importantes los libros que hemos leído, sino que lo son también –y quizá

con más pertinencia– las personas que nos han ayudado a conocerlos, las personas que los han puesto a nuestro alcance. Esos son los maestros. Desde el humilde maestro republicano y represaliado que me enseñó las primeras letras, hasta el brillante profesor de Universidad que me ayudó a encauzar mi carrera y mi especialidad profesional. Sin ellos, sin don Manuel “El Manco”, José Martín Recuerda, Antonio Domínguez Ortiz, Emilio Orozco Díaz, Antonio Gallego Morell, Juan Carlos Rodríguez Gómez, y otros llegados más tarde como Rafael Alberti, Jaime Gil de Biedma, Ángel González, Aurora de Albornoz, Rafael Guillén y sus libros, no sería yo el que soy hoy ni con seguridad estaría aquí dedicándoles estas palabras. Pero también los compañeros, los valiosos compañeros de los primeros años de formación y los posteriores. Recuerdo cómo, con apenas catorce años recién cumplidos, mi amigo y compañero José Guerrero Villalba, años más tarde profesor y Vicerrector de la Universidad de Almería, me tendió para que lo leyese un librito de la editorial Austral que rezaba Así habló Zaratustra, firmado por un tal Federico Nietzsche, o años más tarde, ya en la Facultad, cuando mi amigo, el poeta Pablo del Águila, me regaló un maravilloso libro, que él anunciaba como lo mejor escrito desde Cervantes: Cien años de Soledad de Gabriel García Márquez. O mis amigos poetas con los que intercambiaba mis primeros versos: Antonio García Rodríguez, Manuel Alvar Ezquerro, Joaquín Lobato, Domingo Faílde... E incluso mis alumnos. Una de las mayores satisfacciones que he tenido como profesor ha sido la de que muchos de mis alumnos me superaran como profesores o como escritores. Y así, una larga lista desde Andrés Soria Olmedo hasta Andrés Neuman, pasando por Antonio Jiménez Millán, Luis García Montero, Ángeles Mora, Erika Martínez, Gracia Morales y un etcétera muy largo que no puedo citar aquí, contribuyeron año tras año con sus obras, sus libros y su amistad a consolidar mi formación más completa.

A veces la lectura, en los períodos de formación se impone como una obligación, lo que hace que muchos jóvenes la rechacen o les incomode. Nunca debería plantearse la lectura como una obligación, sino más bien como una elección, una elección necesaria. Durante siglos, esa fue la única ventana al mundo de la que disponíamos los seres humanos. Hoy disponemos de más ventanas: el cine, la televisión, internet, y debemos dar gracias por ello, pero ninguna de estas nuevas ventanas supera en profundidad, en reflexión, en completo mecanismo de conocimiento a los libros y la lectura.

Toda biblioteca, sea personal o pública, pretende ser la imitación del mundo. Una biblioteca contiene todas las lenguas, todos los paisajes reales y muchos ficticios, todas las religiones, todos los amores, todos los crímenes, todas las ambiciones, todas las aventuras, todos los fracasos... Como señala Jorge Luis Borges, su Biblioteca de Babel era infinita y en ella podía contenerse el universo entero. Las bibliotecas, en general son sedentarias, suelen estar enclavadas en grandes edificios o en más modestos pisos de escritores o artistas, pero hay también bibliotecas nómadas que van y vienen de ciudad en ciudad trasladando sus universos infinitos para disfrute de sus usuarios, desde las pequeñas biblioteca rodantes que en los años de posguerra calmaban la sed de cultura de las pequeñas poblaciones, hasta estas grandes manifestaciones que son las Ferias del Libro. Las Ferias del Libro que se transforman también en librerías, completando su función de servicio a los ciudadanos lectores de aquellos lugares que aman los libros.

Hoy, día de San Jorge en el santoral cristiano, celebramos también el Día del Libro, conmemorando la desaparición material de los grandes genios de varias culturas literarias: William Shakespeare, Miguel de Cervantes o el Inca Garcilaso de La Vega ¡Espero que mis palabras en este día señalado, hayan sido una digna bienvenida a esta cuarenta y cuatro Feria del Libro de la ciudad de Granada!

Muchas gracias.